

Esta sección trata sobre los ángeles, los demonios, y la posesión demoníaca.

Los ángeles

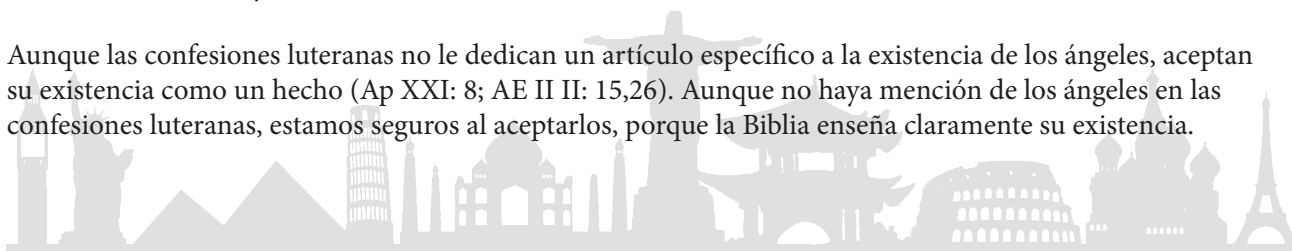
La existencia de los ángeles es cuestión de fe

¿Cómo sabemos que existen los ángeles? No podemos verificar la existencia de los ángeles por métodos científicos, no podemos verlos (aunque algunos han aparecido en forma humana), no podemos hacerles pruebas de laboratorio. Creemos que existen los ángeles porque la Biblia nos habla de ellos; a lo largo de la Biblia se menciona la existencia de los ángeles. Cuando Adán y Eva cayeron en pecado, Dios puso un querubín para custodiar el camino al árbol de la vida. Dos ángeles acompañaron al Señor cuando visitó a Abraham (Gn. 18; cf. Heb. 13:2). Fueron a Sodoma a rescatar a Lot (Gn. 19:1). En su viaje a Harán, Jacob tuvo un sueño con ángeles que subían y bajaban por una escalera al cielo. Dios le permitió a Jacob tener una visión de ángeles en su regreso a Canaán, para asegurarle que iba a estar con él (Gn. 32:1). Los que clasifiquen estos relatos como leyendas ignoran el contexto del Génesis. El Génesis es un recuento de historia real; los relatos: de la creación, de Adán y Eva, de la caída en pecado, de Abraham, Isaac, y Jacob, son históricos, son hechos. Entonces, los ángeles que se mencionan en esos relatos son reales.

El libro de los Salmos menciona con frecuencia a los ángeles (Sal. 91:11; 103:20; 104:4; 148:2). El ángel Gabriel le apareció: a Daniel (Dn. 9:21), a Zacarías (Lc. 1:11,19), y a María (Lc. 1:26). Un ángel le apareció a José para decirle que no se divorciara de María (Mt. 1:20), y le dijo que llevara a Jesús y a María a Egipto (Mt. 2:13). Un ángel les apareció a los pastores para anunciar el nacimiento de Jesús, y él se unió a una multitud de ángeles que cantaban alabanzas a Dios (Lc. 2:9,13).

Jesús dijo que los ángeles, que llevaron el alma de Lázaro al cielo (Lc. 16:22), van a reunir a todas las personas delante de él en el juicio final (Mt. 25:31-33). Un ángel confortó a Jesús en Getsemaní (Lc. 22:43). Jesús dijo que pudo haber llamado 12 legiones de ángeles para evitar que lo arrestara la turba en Getsemaní. El domingo de Pascua, un ángel quitó la piedra de la entrada de la tumba, para que el mundo supiera que Jesús había resucitado (Mt. 28:2). Dos ángeles le dijeron a la mujer que Jesús resucitó (Lc. 24:4). Dios envió un ángel a liberar a Pedro de la prisión (Hch. 12:7). Un ángel le apareció a Pablo para decirle que nadie en el barco moriría en la tormenta que los había azotado durante muchos días (Hch. 27:23). Las epístolas del Nuevo Testamento con frecuencia hablan de ángeles, como también el Apocalipsis. Creemos en la existencia de los ángeles porque la Biblia nos habla de ellos. La Biblia presenta la existencia de los ángeles como un hecho histórico, no como leyenda o ficción.

Aunque las confesiones luteranas no le dedican un artículo específico a la existencia de los ángeles, aceptan su existencia como un hecho (Ap XXI: 8; AE II II: 15,26). Aunque no haya mención de los ángeles en las confesiones luteranas, estamos seguros al aceptarlos, porque la Biblia enseña claramente su existencia.



Los ángeles fueron creados en algún momento durante los seis días de la creación

¿De dónde provienen los ángeles? Dios los creó. El relato de la creación en Génesis 1 y 2, no menciona la creación de los ángeles, pero estaban presentes para custodiar el camino al árbol de la vida (Gn. 3:24). Juan dice, respecto de Jesús; “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.” (Jn. 1:3). ¿Incluyen “todas las cosas” a los ángeles? Pablo escribe: “Porque en él [Cristo] fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Col. 1:16). Los ángeles, entonces, son criaturas que Dios hizo en algún momento durante los seis días de la creación (Gn. 2:1); pueden haber sido creados al comienzo de la semana de la creación porque el Señor dice que los ángeles gritaban de alegría cuando puso los cimientos de la tierra (Job 38:7). Pero, la Biblia no nos dice el día exacto en que fueron creados los ángeles. Esa es una cuestión que sigue pendiente.

La palabra ángel se refiere a más que solo los ángeles creados

Cuando encontramos la palabra ángel (en hebreo: *mal'ak*, mensajero) en el Antiguo Testamento, el contexto cercano de la palabra tendrá que decirnos a quién se refiere el versículo. Por ejemplo, los sacerdotes de Dios eran llamados ángeles (*mal'ak*) porque llevaban la palabra de Dios. A Juan el Bautista se lo menciona como el mensajero (ángel) que venía a preparar el camino del Señor (Mal. 3:1a; Mt. 11:10). Malaquías se refiere al Salvador venidero como al “mensajero [Ángel] del pacto” (3:1b). Cuando en el Antiguo Testamento se le atribuye al “Ángel del Señor”, un divino: atributo, nombre, honra, u obra, se refiere al Hijo de Dios antes de hacerse carne (Ge. 22:11,15; Éx. 3:2,6).

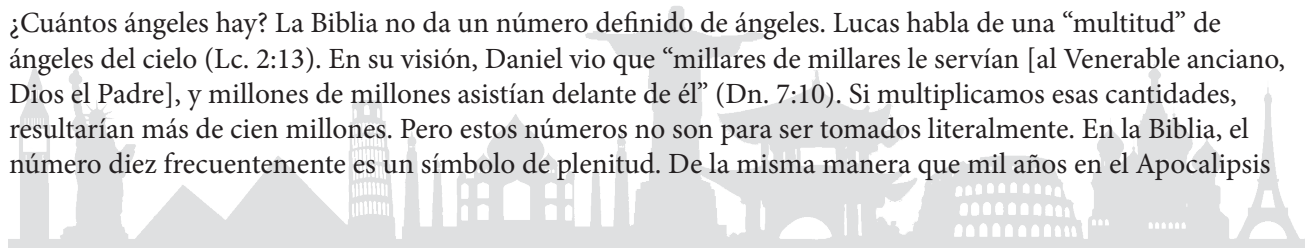
Los ángeles son seres espirituales, personales

¿Aparecieron ángeles en forma humana alguna vez? Aparecieron con el Señor a Abraham (Gn. 18) y para rescatar a Lot (Gn. 19). Aparecieron a las mujeres en la Pascua para anunciar la resurrección de Cristo (Mt. 28:5-7). Pero, aunque aparecieron en forma humana, son espíritus—seres no corporales o carnales (Heb. 1:14)—que algunas veces asumieron forma humana. Los ángeles, que son espíritus, se diferencian de Dios, que es espíritu (Jn. 4:24) en que Dios es el Creador y los ángeles son criaturas. Como espíritus, los ángeles tienen presencia *ilocal*. La presencia *local* es la que se puede medir en términos del espacio ocupado; la presencia *ilocal* es una presencia real, pero que no se puede medir en términos de espacio ocupado. Por ejemplo, había numerosos demonios presentes en el endemoniado gadareno (Mc. 5:1,9).

Los ángeles no son simples energías o fuerzas que obran en el mundo; son seres personales que poseen características personales; tienen: nombre (Lc. 1:13,19), capacidad de comprender (Ef. 3:10), deseo de saber (1 P. 1:12), capacidad de alabar (Lc. 2:9-12), y sabiduría (2 S. 14:20). Los ángeles tienen grandes poderes; fueron capaces de dejar ciegos a los hombres de Sodoma (Gn. 19:11) y de rescatar a Daniel del foso de los leones (Dn. 6:22). Pablo describe a los ángeles de Dios como poderosos (2 Ts. 1:7). Los ángeles, entonces, son seres espirituales, personales, creados por Dios como agentes de su providencia (Sal. 103:20).

Hay un número grande y constante de diferentes tipos de ángeles

¿Cuántos ángeles hay? La Biblia no da un número definido de ángeles. Lucas habla de una “multitud” de ángeles del cielo (Lc. 2:13). En su visión, Daniel vio que “millares de millares le servían [al Venerable anciano, Dios el Padre], y millones de millones asistían delante de él” (Dn. 7:10). Si multiplicamos esas cantidades, resultarían más de cien millones. Pero estos números no son para ser tomados literalmente. En la Biblia, el número diez frecuentemente es un símbolo de plenitud. De la misma manera que mil años en el Apocalipsis



(20:2) representan todos los años que constituyen la era del Nuevo Testamento, en Daniel 7 los números dados sencillamente se refieren al número total de los ángeles que atendían a Dios en el cielo, un número inmenso.

El número de ángeles no aumenta ni disminuye. No aumenta, porque los ángeles no se reproducen, no se casan (Mt.22:30); debe anotarse que las personas que mueren no se convierten en ángeles en el cielo, siguen siendo humanos, y los ángeles siguen siendo ángeles. El número de ángeles tampoco disminuye; los ángeles buenos fueron confirmados en santidad y acompañarán a Jesús cuando venga en el día del juicio final (Mt. 18:10; 25:31). Los ángeles malos están reservados para el juicio del último día (Judas 6). Los ángeles no mueren, su número permanece constante.

La Biblia menciona diferentes tipos de ángeles; habla de: querubines (Gn. 3:24; Éx. 25:18, Ez. 10:1), serafines (Is. 6:2), tronos, poderes, principados, autoridades (Col. 1:16; Ef. 1:21, 3:10), el arcángel Miguel (1 Ts. 4:16; Jud. 9), y Satanás, Belcebú, como príncipe de los demonios (Lc. 11:15). La Biblia no dice nada definitivo sobre un orden de precedencia entre los ángeles. El arcángel Miguel es el jefe de los ángeles buenos, y Satanás es el jefe de los ángeles malos. Más allá de eso, no podemos establecer un orden jerárquico de los ángeles. Se debe anotar que hay solo dos nombres de ángeles registrados en la Biblia: Gabriel y Miguel.

Hay ángeles buenos y ángeles malos

Todos los ángeles fueron creados buenos (Gn. 1:31). Dios no creó el mal, el mal apareció por decisión de la voluntad—hecha por: el diablo, sus demonios, y los humanos—de desobedecer a Dios. Los ángeles fueron creados en *estado de prueba*; tenían libre albedrío, por el cual podían obedecer a Dios o desobedecerle; Judas escribe: “Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Judas 6, vea también 2 P. 2:4). Dios confirmó a los ángeles malos en su pecado: no se pueden arrepentir, no pueden hacer el bien, no pueden decir la verdad; están destinados a condenación eterna (Mt. 25:41).

No sabemos concretamente cómo pecó el diablo por primera vez, pero Pablo indica que el orgullo fue la raíz del pecado (1 Ti, 3:6). Los relatos de Isaías 14:12 y Ezequiel 28:11-19, se citan frecuentemente como descripciones de la caída de Satanás; sin embargo, el relato de Isaías se refiere al rey de Babilonia, y el de Ezequiel se refiere al rey de Tiro. Para nosotros, esos relatos como referencias a Satanás, deberían ser una referencia de la Escritura que indica que los reyes de Babilonia y Tiro eran tipos o imágenes del diablo. El relato de la expulsión de Satanás y sus ángeles del cielo (Ap. 12:7-9) no es una referencia a la caída de Satanás en pecado, sino que refiere que Satanás ya no puede acusarnos por causa de la obra redentora de Cristo.

En conexión con el pecado del diablo, la gente pregunta con frecuencia, ¿Por qué el Señor le dio a los humanos una segunda oportunidad y a los demonios no? La respuesta más frecuente es que el diablo y sus demonios desobedecieron por iniciativa totalmente propia, mientras que los humanos fueron tentados. Pero debemos tener cuidado con esa respuesta, porque implica que somos de alguna manera más merecedores de la salvación que el diablo y sus cohortes. No merecemos de ninguna manera la salvación, somos salvos por pura gracia y no por ningún mérito nuestro (Ef. 22:8). Todo lo que podemos decir es que así lo decidió Dios. No hay esperanza de redención para el diablo y sus demonios. Dios, por gracia, envió a su Hijo para redimir a la humanidad caída.

Los ángeles buenos, por otra parte, fueron confirmados en santidad: no pueden pecar, no quieren pecar, se gozan haciendo la voluntad de Dios. Están siempre dispuestos a alabar a Dios por su bondad (Is. 6:3; Lc. 2:13). Jesús dijo que los ángeles buenos “ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 18:10). Eso es lo que se llama una visión *beatífica* (bendita). (Los creyentes también tendremos ese estado cuando lleguemos al cielo.) Los ángeles buenos acompañarán a Cristo el Último Día y reunirán a las naciones delante de él para el juicio final (Mt. 25:31).

Los ángeles buenos llevan a cabo las órdenes de Dios para el gobierno y preservación del mundo

Dios no necesita que los ángeles hagan su trabajo, pero ha decidido utilizarlos para la preservación y gobierno del mundo. Así como el Señor les dijo a Adán y a Eva que sometieran la tierra (Gn. 1:28), usa también a los ángeles para que lleven a cabo sus mandatos (Sal. 103:20). Dios utilizó los ángeles para dar la ley a Israel (Gl. 3:19); los envió a proclamar el nacimiento del Mesías (Lc. 2:0-14). Dios usa a los ángeles para proteger a su pueblo (Sal. 91:11,12). Envió a sus ángeles para sacar a Lot de Sodoma (Gn. 19). Los ángeles le recordaron a Jacob que Dios lo iba a proteger de Esaú (Gn. 32:1). Eliseo le recordó a su siervo que los ángeles de Dios los estaban protegiendo del ejército arameo (2 R. 6:16,17). Un ángel de Dios protegió a Daniel de los leones hambrientos (Dn. 6:22). Un ángel le dijo a José que llevara a María y a Jesús a Egipto para escapar de los planes asesinos del rey Herodes (Mt. 2:13). Un ángel rescató a Pedro de la prisión (Hch. 12:7,8). Probablemente, podríamos relatar las numerosas ocasiones en que hemos sido preservados de daños serios porque Dios tiene a sus ángeles cuidándonos.

Dios usó ángeles para asistir a Jesús en su estado de humillación. Leemos que después de que en el desierto Jesús fue tentado por el demonio, vinieron ángeles a servirle (Mt. 4.11). Cuando Jesús oró en Getsemaní, luchando con el hecho de que iba a sufrir los tormentos del infierno por los pecados del mundo, su sudor era como gotas de sangre que caían al suelo, “se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo” (Lc. 22:43 NVI).

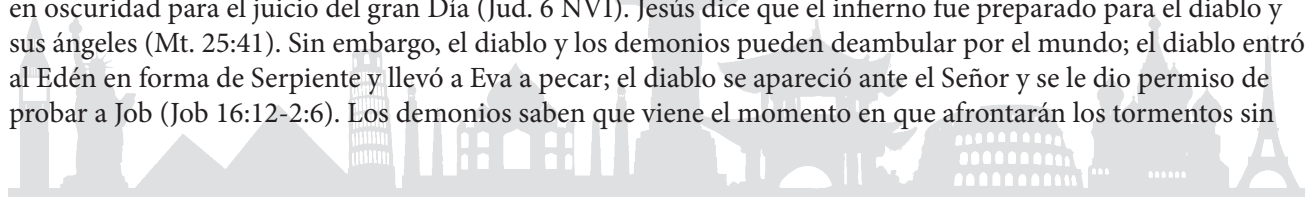
Dios usa sus ángeles para llevar a cabo el gobierno del mundo. El ángel que le envió a Daniel (10:10-11:1) para explicarle la visión que tuvo, le dijo que detrás del gobierno visible del mundo, los ángeles buenos de Dios actúan para contrarrestar la influencia de los demonios- En el caso del malvado rey Acab, el Señor le permitió al demonio hacer que los profetas de Acab le dijeran que atacara al rey de Aram (1 R. 22:20-23). Así, Aram fue llevado con engaño a la muerte, como castigo por su maldad. Cuando leamos lo que ocurre en la historia de las naciones, estemos conscientes del papel que tienen los ángeles de Dios para llevar a cabo el gobierno divino que “quita reyes, y pone reyes” (Dn. 2.21).

Los ángeles buenos también se interesan activamente en el trato de Dios con su iglesia; alabaron a Dios por haber enviado al Salvador de la humanidad (Lc. 2:13); se alegran cuando un pecador se arrepiente (Lc. 15:10). Dios demuestra su sabiduría a los ángeles por su cuidado de la iglesia; ellos se deleitaron al ver cómo Dios desarrolló su plan de salvación (1 P. 1:12). La paz que Dios estableció entre él y el mundo trasciende nuestro entendimiento, y también el de los ángeles (Flm. 4.7).

El Señor envió al arcángel Miguel para sepultar el cuerpo de Moisés (Judas 9). Los ángeles llevaron el alma de Lázaro al “seno de Abraham” (el cielo) (Lc. 16:22). Al final de los tiempos los ángeles obrarán como cosechadores de Dios, reunirán a todas las naciones delante de él, para el juicio final (Mt. 25:31; 1 Ts. 4.16). Aunque los ángeles actúan en representación de Dios, quieren que toda la gloria se le dé a Dios, no quieren que los adoren (Ap. 22:8,9). En esto son muy diferentes del diablo, que le dijo a Jesús: “Todo esto te daré, si postrado me adorares” (Mt. 4:9). También debemos rechazar la creencia católico-romana de que debemos venerar a los ángeles que nos ayudan.¹

Los ángeles malos tratan de llevarnos a pecar y a la condenación

Cuando el diablo le desobedeció a Dios y pecó, también un número de ángeles malos decidió desobedecer a Dios y seguir a Satanás (Jud. 6; 2 P. 2:4). Judas dice que los ángeles malos fueron “perpetuamente encarcelados en oscuridad para el juicio del gran Día (Jud. 6 NVI). Jesús dice que el infierno fue preparado para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:41). Sin embargo, el diablo y los demonios pueden deambular por el mundo; el diablo entró al Edén en forma de Serpiente y llevó a Eva a pecar; el diablo se apareció ante el Señor y se le dio permiso de probar a Job (Job 16:12-2:6). Los demonios saben que viene el momento en que afrontarán los tormentos sin



fin del infierno (Mt. 8:29; 1 Co 6:3).

Los nombres de Satanás nos dan una buena descripción del diablo. El nombre *diablo*, en el Nuevo Testamento se reserva para el líder de los ángeles malos. El nombre *diablo* significa “calumniador”. El nombre *Satanás* significa “adversario”, es quien “engaña al mundo entero” (Ap. 12:9). Satanás es el “acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios día y noche” (Ap. 12:10). El diablo nos lleva al pecado y luego nos acusa delante de Dios. Vemos una ilustración de esto en la profecía de Zacarías 3: Josué, el sumo sacerdote, estaba de pie ante el Ángel del Señor (Cristo mismo), y Satanás estaba ahí acusando a Josué de sus pecados, calumniándolo, diciendo que no era digno de su oficio. El Ángel del Señor reprendió al diablo, y le dijo a Josué: “Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala” (Zac. 3:4). Satanás contendió con el arcángel Miguel por el cuerpo de Moisés. No sorprende que las palabras de Juan sean de tanto consuelo, cuando dice: “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:1b,2).

El diablo ha tratado de “limpiar su imagen”. Ha hecho que la gente lo presente como un bromista divertido, o un personaje con: cola bifurcada, cuernos, y tridente. De cualquier manera, la caracterización hace que la gente no tome en serio al diablo, pero la Biblia no presenta al diablo como un bromista amigo de pasarla bien. Jesús describió al diablo así: “El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Jn. 8:44b).

La Escritura describe al diablo como “astuto” (Gn. 3:1; 2 Co. 11:3; Ef. 6:11). Es el maestro de la verdad a medias. Cuando tentó a Jesús para que se lanzara del pináculo de templo (Mt. 4:5-7), omitió la parte del Salmo 91:11,12 que dice que Dios nos protegerá en “todos nuestros caminos”. Satanás no mencionó la enseñanza bíblica de que Dios no promete su protección si vamos más allá de sus promesas. Satanás es el maestro de la insinuación; cuando tentó a Eva, diciéndole: “¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?”, con eso buscaba poner duda sobre si Dios dijo eso, o si Dios era bueno si realmente lo dijo. Fue esta última tentación la que atrapó a Eva y la llevó a pecar.

Jesús describe al diablo como homicida desde el principio. Cuando uno ve las atrocidades del hombre para con el hombre, cuando ve cómo los profetas de Baal se cortaron para apaciguar a Baal (2 R. 18:28), cómo las religiones paganas muchas veces llevan a sacrificios humanos (adoración a Moloc, los aztecas e incas, la adoración a Satanás), y recuerda lo que Pablo dice de los sacrificios paganos: “lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios” (1 Co. 10:20), es fácil ver que el diablo es homicida que goza con: el sufrimiento humano, su miseria, agonía, y muerte. Vemos el daño que le hizo a Job (Job 1,2). Afligió a una mujer durante 18 años, impidiéndole enderezarse (Lc. 13:11). Pero nos consuela que el diablo no puede probarnos más allá de lo que Dios le permita (Job 1:2-6). Además, tenemos la seguridad de que en todas las cosas Dios obra para el bien de sus elegidos (Ro. 8:28).

Ciertamente, el sufrimiento temporal y la muerte son solo el comienzo de lo que el diablo desea. Pedro advierte: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8). El diablo y sus cohortes desean llevarnos a las llamas del infierno. El diablo es quien gobierna la vida de los incrédulos (Ef. 2:1-3). Jesús lo llama príncipe de este mundo (Jn. 12:31), y Pablo lo llama “el dios de este siglo” (2 Co. 4:4). Él es enemigo de Dios (Mt. 13:25,39) y enemigo nuestro (1 P. 5:8). Su reino se describe como “la potestad de las tinieblas” (Lc. 22:53), las tinieblas son de incredulidad y desesperación. El diablo obra para quitar la Palabra de vida a las personas y endurecerles el corazón (Lc.8:12). Es el maestro del uso de la razón, puede hacer que el pecado parezca justicia (2 Co. 11:14). Es por eso que nunca debemos tratar de razonar con el diablo, él siempre va a ganar. Lo único a lo que no se puede oponer es a lo que usó nuestro Salvador cuando enfrentó la tentación: “Escrito está...” (Mt. 4:4,7,10).

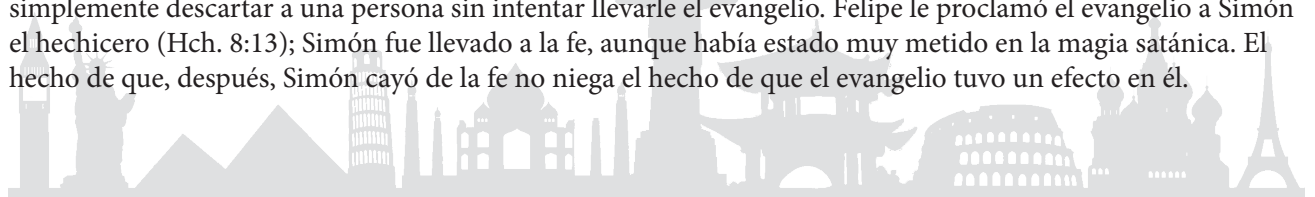
El diablo intenta corromper la iglesia por medio de los hipócritas (Mt. 13:25; Hch. 5:3). Envía falsos maestros para apartar a la gente del evangelio salvador (1 Ti. 4:2; Mt. 7:15). Trata de acabar con la iglesia por medio de la persecución (Hch. 8:1). Obra sobre los creyentes, explotando su debilidad. El diablo hizo que David, por orgullo, hiciera el censo de su ejército (1 Cr. 21:1); aprovechó la lujuria de David para llevarlo a cometer adulterio y asesinato (2 S. 11); llevó a Ananías y a Safira a ser hipócritas en la iglesia primitiva (Hch. 5:3). Intentó explotar los acontecimientos del arresto y crucifixión de Cristo para destruir la fe de Pedro. Pero Jesús dijo: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lc. 22:31,32). Sabemos que Pedro negó tres veces al Señor, pero el Señor le recordó con una mirada (Lc. 22:61); Pedro se arrepintió de su pecado y lloró amargamente.

Para atacar a los creyentes, el diablo tiene aliados dispuestos. Uno es el mundo; Juan escribe: Uno es el mundo; Juan escribe: “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Jn. 2:16). El diablo usa al mundo para apartar a los cristianos de Cristo, por el brillo de lo que él ofrece: dinero, poder, fama, sexo. Los malos amigos pueden apartarnos de Cristo; como dice Pablo: “No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres” (1 Co. 15:33). El mundo también odia a Cristo y trata de apartarnos de él por medio de la persecución (Mt. 10:16-23).

El diablo usa religiones demoníacas en el intento de engañar al mundo y oponerse a la iglesia de Cristo. Pablo escribió que el diablo y sus demonios están detrás de toda religión pagana (1 Co.10:20). El satanismo tradicional enfatiza la adoración de un demonio personal mediante un ritual de culto y magia negra (usar el poder de Satanás y sus demonios para hacer daño a otros). Los satanistas modernos suelen rechazar la adoración al diablo, afirman que cada uno se dedica a lo que quiere hacer, sin ningún límite o restricción. De esa manera demuestran que son esclavos del diablo. Aleister Crowley (1875 – 1947) de Gran Bretaña y Anton Szandor LeVey (1930 – 1997) de los Estados Unidos, fueron las fuerzas detrás del satanismo moderno. En 1966, LeVey formó iglesia de Satanás; escribió *la Biblia Satánica* y *Los Rituales Satánicos*. El satanismo apela a la carne del pecador y le dice precisamente lo que él quiere oír. Los símbolos y rituales satánicos se han incorporado en los actos de muchas bandas modernas de rock pesado.

La santería y el vudú son otras religiones conectadas con el diablo y sus demonios. La santería se originó en Cuba y se ha difundido por América. Los practicantes de la santería adoran divinidades paganas que se identifican con santos católico-romanos. Cuando los adherentes a la santería fueron llevados a las plantaciones y forzados a adoptar el catolicismo, continuaron adorando las deidades africanas que disfrazaban como santos católico-romanos. El vudú haitiano es también un entramado en el que se llega a los dioses africanos en busca de ayuda. Los adherentes a esa falsa religión intentan ser poseídos por espíritus. Esa falsa religión fue creada por esclavos salidos del paganismo africano y completada con partes del catolicismo.

Cuando tratemos con los satanistas, debemos reconocer que están engañados por el padre de la mentira; les proclamaremos la victoria de Cristo sobre: el pecado, la muerte, y el infierno. El evangelio tiene el poder para rescatar a las personas de la esclavitud del antiguo enemigo malo. Algunos pueden preguntarse si deberíamos tomarnos la molestia de compartir el evangelio con los satanistas o con los devotos a la santería o el vudú. ¿No han ido demasiado lejos para que haya alguna esperanza para ellos? ¿No dijo Jesús; “No den lo sagrado a los perros, no sea que se vuelvan contra ustedes y los despedacen; ni echen sus perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen (Mt. 7:6)? Jesús dice que cuando compartimos el evangelio con las personas y ellas responden como los cerdos o los perros, ya no tenemos obligación de compartir el evangelio con ellos. Pero, no debemos simplemente descartar a una persona sin intentar llevarle el evangelio. Felipe le proclamó el evangelio a Simón el hechicero (Hch. 8:13); Simón fue llevado a la fe, aunque había estado muy metido en la magia satánica. El hecho de que, después, Simón cayó de la fe no niega el hecho de que el evangelio tuvo un efecto en él.



El diablo tiene otro aliado muy poderoso, nuestra carne pecaminosa. Pablo dice de nuestra carne (naturaleza pecaminosa): “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.” (Ro. 7:18). La carne nos tienta a seguir al diablo y coquetea con la tentación. Como dice Santiago: “Cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte” (Stg. 1:14,15).

Cuando vemos la habilidad, la perversión, y el poder, del diablo y sus aliados, reconocemos que no somos contendores para él. Pero Jesús sí, él venció al diablo por nosotros (Mt. 4:1-11), quitó lo que el diablo puso sobre nosotros, es decir, nuestros pecados. Satanás ya no puede acusarnos ante Dios (Ap. 12.10,11), su poder está destrozado. Por el bautismo, el Señor nos da la fe en Jesús, que mata la naturaleza pecaminosa y hace nacer el nuevo hombre, que no es esclavo del pecado sino siervo de la justicia (Ro. 6:1-14). El Señor nos permite enfrentar la muerte sin temor, porque pagó todos nuestros pecados y vive para resucitarnos a vida eterna (Heb. 2:15). “las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”, su iglesia (Mt. 16:18).

Martín Lutero en su gran himno de batalla de la Reforma escribió sobre la confianza que todos los cristianos tenemos en Cristo:

Nuestro valor es nada aquí;
con él todo es perdido.
Mas por nosotros pugnará
de Dios el escogido.
¿Sabéis quién es?”
Jesús, el que venció en la cruz,
Señor de Sabaot.
Y pues Él solo es Dios,
Él triunfa en la batalla.

Aun si están demonios mil,
prontos a devorarnos,
no temeremos, porque Dios
sabrá aun prosperarnos.
Que muestre su vigor
Satán y su furor.
Dañarnos no podrá;
pues condenado es ya
por la Palabra santa. (CC 129:2,3)

Poseción demoníaca espiritual y corporal

La Biblia dice que a veces los demonios han afligido corporalmente a personas. En la Biblia se mencionan numerosos ejemplos de posesión demoníaca. En el Antiguo Testamento, el diablo usó el cuerpo de una serpiente cuando tentó a Eva (Gn. 3:1). Dios permitió que Saúl fuera afligido por un espíritu malo, como un juicio sobre él por su apostasía (1 S. 18:10). Jesús encontró muchos casos de posesión demoníaca durante su ministerio, y también los apóstoles (Mt. 4:24; 8:16; 10:8; Mc. 6:13). Entre ellos, fueron notables los dos poseídos de la región de los gadarenos (gerasenos o gergesenos), [gentilicios variantes mencionados en las notas de las traducciones del NT], que se mencionan en Mateo 8:28-34. Marcos 5:1-20 y Lucas 8:26-39, también mencionan el incidente. Una legión de demonios los poseía (Lc. 8:30); la posesión se acompañaba de una fuerza extraordinaria (Mc. 5:3,4).

Jesús echó un demonio de la hija de una mujer sirio-fenicia (Mt. 15:21-28; Mc. 7:24-30). Ella le rogó: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio” (Mt. 15:22b). Jesús sanó también a un muchacho de quien Mateo dice que tenía ataques, pero se explica que el problema era producido por posesión demoníaca (Mt. 14-20). Jesús expulsó un demonio de un hombre en la sinagoga de Capernaum (Mc. 1:21-28; Lc. 4:31-37) y un demonio que había dejado mudo a un hombre (Lc. 11:14). Había una mujer poseída por un demonio, que no podía enderezarse, durante 18 años (Lc. 13:10-13). El ejemplo más notable de exorcismo que hay en los Hechos es cuando Pablo expulsó un demonio de adivinación de una joven en Filipos (16:16-18). Pablo expulsó también demonios de personas en Éfeso, en su tercer viaje misionero (Hch. 19:11,12); fue allí donde los doce hijos de Esceva, un sacerdote judío, trataron de imitar a Pablo y expulsar demonios. Un endemoniado los maltrató a los siete y los sacó de la casa. Dios no les había dado poder a los hijos de Esceva para que lo hicieran.

¿Cuántos de esos poseídos contra su voluntad eran creyentes? Es claro en el caso de la mujer que no podía enderezarse; Jesús la llamó “hija de Abraham” (Lc. 13:16); puede ser que la frecuencia de posesión demoníaca en la época de Jesús fuera una imagen gráfica de la lucha entre Cristo y el demonio y sus fuerzas. También es claro en los muchos relatos de la Escritura, que la posesión demoníaca no era un intento precientífico de explicar una enfermedad o un comportamiento extraño. Los evangelios presentan esos relatos en el relato histórico y objetivo del ministerio de Jesús y de los apóstoles.

La posesión espiritual era común cuando la gente volvía su voluntad a la voluntad del diablo. La Biblia distingue entre la incredulidad, en la que el demonio domina el corazón de la persona, y una situación en la que alguien es un instrumento voluntario del demonio. Dos ejemplos de posesión espiritual son Judas (Jn. 13:27) y Ananías (Hch. 5:3); ambos son ejemplos de cómo el diablo exige un precio terrible a los que le sirven. Judas se suicidó, en su desesperación; y Ananías cayó muerto en el acto cuando Pedro lo confrontó. Ambos fueron al infierno. “La paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23).

En relación con este tema, recordemos las palabras de Santiago: “resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Stg. 4:7). También, cuando Dios en su sabiduría y amor permite que alguien sea afligido, Pablo nos recuerda: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, [...] ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Ro. 8:38,39).

Notas finales

¹Catecismo de la Iglesia Católica (Asociación de Editores del Catecismo, Barcelona, 1992, http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.htm), n. 352.

